



Luis Jaime Cisneros Vizquerra
(1921-2001)

In memoriam
Luis Jaime Cisneros Vizquerra
(1921-2011)

Apenas terminaba el primer mes del 2011, el 20 de enero, cuando falleció Luis Jaime Cisneros Vizquerra, hijo de Luis Fernán Cisneros y de Esperanza Vizquerra, nacido el 28 de mayo de 1921, en Lima. La vida y la obra de Luis Jaime no caben en esta breve nota debido a su variedad, extensión y, sobre todo, a la dimensión humana de su magisterio que tantos discípulos y amigos supo sembrar en su andar por las aulas, la investigación y la tertulia franca y cordial.

Hizo sus estudios escolares en la Argentina y el Uruguay. Fue también en la Argentina donde recibió su formación universitaria y filológica de reconocidos intelectuales y maestros como Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Raimundo Lida. En 1947 regresó al Perú y fue incorporado, primero, a la plana docente de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y, poco después, a la Pontificia Universidad Católica del Perú, de cuyo Departamento de Humanidades es profesor emérito desde 2010. En la Universidad de San Marcos fue Director del Instituto de Filología (1964-1965) y en la PUCP tuvo a su cargo el Seminario de Filología del Instituto Riva-Agüero, el decanato de la Facultad de Letras (1969-1971) y condujo los primeros años de Estudios Generales. Ha sido profesor visitante en la Universidad Central de Venezuela (1965), en la Universidad Nacional del Uruguay (1966) y en el Centre de Philologie Romane de la Universidad de Estrasburgo (1967). Asimismo, pasó algún tiempo realizando visitas de investigación a Rumanía (1960), Alemania (1965) y Francia (1975).

Probablemente fue en la revista *Mar del Sur* (1948-1953) donde Luis Jaime halló el primer espacio para dar a conocer su valía intelectual por intermedio de artículos y breves notas de muy diverso contenido y factura. Más tarde integró el Consejo de Redacción de *Mercurio Peruano*, fue editor de *Indianoromania* y director de *Lexis*, nuestra revista.

Su actividad le permitió integrar instituciones intelectuales y científicas del país y del extranjero: *Société de linguistique romane*, *Société de linguistique de Paris*, *Centre international de dialectologie* de Bélgica (Lovaina), la *Asociación de Lingüística y Filología de América Latina* (ALFAL), la *Sociedad Peruana de Historia* y la *Academia Peruana de la Lengua*, de la que llegó a ser presidente de 1991 a 2005. Obtuvo en tres ocasiones el *Premio Nacional de Cultura*: el de Crítica en 1948, el de Pedagogía en 1956 y nuevamente en 1963. En 1992 le fueron otorgadas las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta.

Entre sus publicaciones puede mencionarse *El lazarillo de Tormes* (1946), *Estudio y edición de la "Defensa de Damas"* (1955), *Formas de relieve en el español moderno* (1955), *Lengua y estilo* (1959), *Temas lingüísticos* (1964, 1972 y 1975), *El funcionamiento del lenguaje* (1991 y 1995), *Mis trabajos y los días* (2000), *Apologético en favor de Don Luis de Góngora* (2005), *Aula abierta* (2009) y un sinnúmero de artículos sobre temas diversos, todos publicados en revistas y diarios que alguna vez habrá que listar y reunir.

Sin embargo, cualquier listado exhaustivo (o no) sobre las obras, los reconocimientos y condecoraciones de Luis Jaime ofrecerá siempre una mirada extremadamente limitada de su magisterio. Cisneros es bastante más que todos los títulos y medallas. Por esa razón, me animo a incluir aquí el discurso en homenaje a Luis Jaime que leí el pasado 22 de junio en el Instituto Riva-Agüero. Con ello, solo intento ofrecer al lector un acercamiento al maestro y al amigo desde la mirada y el afecto de quien firma esta nota.

No sé si alguna vez podré entender este juego ágil, silencioso y en ocasiones violento, entre memoria, palabras y sentimientos. Empiezo ante el teclado, enciendo la pantalla, dispongo algunas fotos sobre el escritorio. En ellas lo veo sonreír, apoyar su afilado mentón en esos dedos larguiruchos que de vez en cuando tocan pianos reales o imaginarios o cubren su inconfundible carraspera; lo encuentro contemplando el horizonte a través de una persiana miraflores, de cara al sol y a un mar oculto, con la melena desordenada y la frente ancha, pero con la mirada alerta y traviesa; lo veo generoso, tierno y en paz. Busco una de sus lecturas: “Rocamadour, ya sé que es como un espejo. Estás durmiendo o mirándote los pies. Yo aquí sostengo un espejo y creo que sos vos... Parece increíble que alguna vez, Rocamadour. Ahora solamente te escribo en el espejo.... madame Irene (Rocamadour) no está contenta de que seas tan lindo, tan alegre, tan llorón y gritón y meón.”.

Un hombre así no muere tan fácilmente. El recuerdo y la gratitud nos devuelven intacto a Luis Jaime esta noche. Las espontáneas y numerosísimas muestras de afecto que siguieron al cortejo son el mejor testimonio de que Luis Jaime murió para ser más querido. Cuando releo las notas, las líneas, de familiares, alumnos, exalumnos o de quienes solo lo leyeron u oyeron alguna vez, me pregunto ¿cómo pudo una persona hacerse cargo de esa multitud? ¿Cómo puede estar en tanta gente? Sorprende que casi la totalidad diga haber recibido de él algo único, exclusivo, un gran secreto. En todos hay algo personal, algo que despertó el afecto, la vocación o simplemente el descubrimiento de sí, algo que todos se precian de conservar a salvo de cualquier inclemencia. Vaya don del maestro. ¡Qué mejor regalo para un profesor! Pero habría que plantearse los afectos también a la inversa: ¿qué le dimos nosotros a Luis Jaime? ¿Cómo nos habrá visto? No hay en esto trampa alguna. Simplemente que, como es lógico, las expresiones ponen en evidencia el mundo que recibimos y no el que dimos o el que sin que supiéramos Luis Jaime vio, apreció y atesoró para siempre. Sé que es un terreno insondable, pero me parece que pensar en ello hace justicia a la generosidad y al tiempo que nos brindó ese hombre de apellido Cisneros.

He pensado muchas veces que Luis Jaime no fue solo un maestro sino también un gran amigo; en realidad, fue ambas cosas: un amigo que hizo de la amistad la base de su actividad pedagógica o, si se quiere, un maestro que enseñaba cultivando la amistad. De esa manera creaba la horizontalidad que permite y alienta la verdadera comunicación. Una amistad que muchas veces era solo saber estar juntos sin decir palabra. Era respeto y aliciente a la reflexión, no al parloteo veloz de los pericos, sino a la paciente espera que lleva a la conquista del saber mediante una experiencia cordial con los libros, la cultura y la sociedad. Su amistad me demostró que falta en el mundo más de lo que existe, y que la discreción y la confianza robustecen los lazos entre las personas. Claro que hacer amigos también genera enemigos. Los tuvo Luis Jaime, por cierto. Pero no al extremo de que se cumpla la paradoja que Oscar Wilde empleó para decir de Bernard Shaw que no tiene un solo enemigo, pero ninguno de sus amigos lo quiere.¹ Obviamente tampoco intento decir, como reza la cancioncita, que tuvo un millón de amigos. Nada de eso. Solo quiero decir que, en Luis Jaime, amistad y docencia se fusionaron y encarnaron en clase, fuera de ella, en un café, con una cerveza, en El Virrey o en un taxi camino a cualquier parte. No era solo concepto, era una práctica, un modo de vivir con los demás.

Creo que esa manera de vivir, durante nueve décadas, explica su particular acercamiento a la filología, a la lingüística y, en general, a las humanidades. Recordemos que Erasmo siempre incluyó al otro en su imagen del mundo. También, Luis Jaime. Tengamos presente las filiaciones intelectuales que unen a hombres que oímos citar en su boca: Croce, Vossler, Saussure, Spitzer, Menéndez Pidal, Alonso, Coseriu, todos hermanados en el interés de saber algo más del hombre hablante, del hombre creador, autor de textos literarios y no literarios y, todos, por cierto, hermanados en su oposición al positivismo y a cualquier propuesta que ignore, en su epistemología y en sus métodos, la diversidad cultural y el azaroso y complejo mundo subjetivo de los seres humanos. Que Luis Jaime nunca se

¹ *En esto creo*. Fuentes, Carlos. Barcelona: Seix Barral, 2002, p. 10.

apartó de esa línea de trabajo, nos consta a quienes lo leímos y a quienes tocamos su puerta en búsqueda de consejo o de la brújula que nos permitiera encaminar un trabajo. Por cierto, no faltaron las ocasiones en que, brújula en mano y sabiduría en la mollera, visitante y Cisneros se perdieron en un océano de libros, papeles y fichas, avanzando y retrocediendo, yendo de aquí para allá y, por si acaso, también por ahí, a costa del rigor académico, pero a favor de los lazos y afectos que unen para siempre. Cuando se despejaba el horizonte, uno llegaba a puerto sano y feliz. A veces, era el mismo lugar de partida; en otras, valgan verdades, no se habían movido ni un centímetro. Así era Luis Jaime. En eso consistía también su docencia: perderse juntos en el océano de la cultura y aprender a mantenerse a flote y a encontrar el camino propio.

Pero si vemos las continuidades, no causa sorpresa que el —creo yo— último artículo académico de Cisneros lleve de título una pregunta esencial a su vida y a su formación. El título es “¿Quién es el prójimo?”; y el libro que la acoge, *El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro* (Lima: PUCP, 2010). En ese trabajo, Luis Jaime reproduce un fragmento de la *Fenomenología de la percepción*, de Merleau-Ponty, que me invitó a leer en voz alta, en su casa de General Borgoño, cuando apenas nos conocíamos. Lo cito aquí porque creo que sintetiza lo que trato de decir y, en mucho, personaliza la actitud y el quehacer pedagógico e intelectual de Luis Jaime. Dice:

Si queremos pensar la ciencia con rigor, apreciar exactamente su sentido y alcance, tendremos primero que despertar esta experiencia del mundo del que ella es expresión.

Acabo de leer: “despertar esta experiencia del mundo”. ¿Cuál experiencia? Pues, la de cada uno, por cierto. Y ello no es otra cosa que distanciarse de categorías abstractas, rígidas, inflexibles. Es recuperar a los hombres y su experiencia con otros hombres. En suma, volver a la realidad, bajar de la nube en la que con frecuencia nos pone el discurso científico y la erudición fatua. Leo ahora

unas líneas de *Lengua y estilo*, publicado por Cisneros en 1959, para resaltar algunas confluencias bastante evidentes con estas ideas:

*Decimos que (el lenguaje) “tiene vida” porque en él imprimimos con seguridad los rasgos de nuestra manera de ser y de nuestro modo de concebir el mundo. Nuestros estados afectivos se denuncian con inusitada frecuencia a través del lenguaje [...] (Y) como el lenguaje es un fenómeno social, son los hombres que se sirven de la lengua quienes [...] le imprimen el sello de sus propias exigencias*Ž

De nuevo, hablantes y más hablantes, diálogo y sociedad, la experiencia de la alteridad. Diez años después, a mediados de 1969, brinda Luis Jaime el siguiente consejo en torno a un problema que parece planteado hace unos minutos. Sus palabras terminan de mostrarnos un pensamiento coherente y vivamente comprometido con ustedes y conmigo, pero también con quienes apenas empiezan o ignoran quién fue Cisneros.

¿Qué es la lectura en la mayoría de los colegios? [...] En la biografía de todos nuestros estudiantes está la respuesta [...] ¿Quiere leer el alumno? Proporcionémosle ocasión de que piense. Libros que le propongan meditaciones. Que lo convoquen a la reflexión [...] Libros que le propongan vías diversas para el entendimiento [...] ¿dónde leo, profesor, algo sobre Quevedo? Que lea a Quevedo ... ¿algo sobre los románticos? Que lea a los románticos... [lo que debe interesarnos es que esté en condiciones de comprender juicios críticos pero] para eso él (el alumno) debe haberse entrenado en arriesgar (su juicio) una y otra vez, con Quevedo y los románticos a lado, quemándose amorosamente las pestañas con toda la pasión juvenil de que es capaz.

No creo necesario insistir en la actualidad de estas ideas. Importa más bien entender que la educación en una lengua es una manera de formar ciudadanos, porque “Para creer en el valor y en la eficacia de nuestra palabra, debemos aprender a apreciar y reconocer el

valor de la palabra en el otro” (*La República* 15.08.08). La alteridad une y distingue. Pocas cosas tan urgentes para reconocernos en un país multilingüe. La lectura es precisamente la experiencia de vivir otras vidas, de ser uno y otro a la vez, de ver y sentir en la piel de individuos hechos de palabras y concebidos por el ingenio de otros hablantes experiencias y emociones ajenas a la vida real del lector. Leyendo uno aprende a ponerse en lugar del otro y a ser otro por un momento. La lectura nos enseña, así, a vivir en comunidad. Es una experiencia que ensancha horizontes. Ya decía Luis Jaime que “Cuanto más abra [un muchacho sus horizontes], juzgará mejor. Cuanto más juzgue, será un hombre libre” (*Mis trabajos y los días*, 49). Y no habrá sociedad ni porvenir sin esa libertad que alienta la cultura. Por ello:

Invertir atención, preocupación, tiempo en reflexionar sobre la niñez —razona Cisneros— es obligación de todos los que vivimos conscientes de “ser” en medio de una sociedad multicultural y no sólo aventurados a “estar” en el país. Desde el “ser” descubro los lazos que me unen a los otros. Y si esos otros son los niños, siento que comparto las horas y los días de mi “ser” con quienes son anticipo claro del Perú del porvenir. Si pongo atención en el habla del niño estoy en la antesala del futuro [...] la pobreza cultural es viva presencia de la nada, de la soledad espiritual y el vacío del hombre.

Contra lo que se dice y repite, creo que hoy se lee más que antes. Lo que no sé es si se lee mejor, en todo caso, sospecho que se lee de otra manera. La simultaneidad de los estímulos distrae. Ojalá fuera la distracción del que se aleja del mundo para internarse en los secretos de su fantasía y no en la mediocre e insensata agitación cotidiana que resuelve las cosas sin pestañear. Hoy vale el espectáculo, la diversión, no la belleza ni la armonía, menos la contemplación o el asombro. Vivaldi y Bach son apenas recuerdos dominicales. Pero “¡Qué calma espiritual nos invade cuando agobiados por el trajín, nos refugiarnos en la música de Bach o buscamos en Vivaldi

fuentes nuevas para la imaginación reconfortante!” exclamaba Cisneros hace unos años (*Mis trabajos y los días*, 83). En efecto, calma, reflexión, ocio. Estudio y más estudio, familia y más familia, amigos, muchos amigos. “¿Sentimentalismo llama usted, señor mío, a todo esto? —pregunta Luis Jaime en ocasión semejante a esta—. Pues bien, sentimentalismo —y agrega— es lo único que nos queda a quienes de verdad sabemos que el don de lágrimas es un signo de cultura” (*Mis trabajos y los días*, 101). Y es que tras el humor, la anécdota, la ironía, o, tal vez, junto y entremezclado con todo ello, hay un universo palpitante, vivo, que no se ve pero que existe. Erasmo se avergonzaba de quienes solamente piensan que el hombre es esto que acá fuera ven o sienten. Lo otro vale la pena más. A ello rendimos aquí homenaje mencionando el nombre de Luis Jaime Cisneros y es ahí que recibimos estas líneas con las que Luis Jaime se despidió de sus amigos y lectores en *El Observador*:

Tal vez esta columna cierra un periplo. Me suele ocurrir de vez en cuando. Tener que cerrar la casa en que se ha vivido, la ventana que uno abría diariamente para observar el paisaje. Y no poder obtener que la casa se vaya con uno, ni el árbol vecino, ni las caras y las circunstancias que un día preciso sellaron una amistosa colaboración. Pero la vida está llena de estas lecciones. No hay virtud que no tenga su cono de sombra. No hay felicidad que no comporte un lado desgraciado. No hay empeño que no implique fatigas y desasosiegos....

Carlos Garatea
Pontificia Universidad Católica del Perú